

tos de Zambrano. Dada la peculiar naturaleza de las compilaciones, nos parece de importancia capital que el compilador no sólo justifique su elección de entre todos los textos publicados de Zambrano, sino que proporcione un documento en el que no sólo se aclaren algunas dificultades: lo enriquecedor del mismo se encuentra más bien en las sugerencias e insinuaciones, en el reconocimiento mismo de la dificultad de establecer con total precisión las relaciones entre pupila y maestro, entre Zambrano y Ortega, como campo abierto a la investigación. Además, se adjuntan abundantes notas y referencias bibliográficas para una profundización en la investigación, y un apéndice con las variantes de los textos que permite apreciar el desarrollo de los textos que *Escritos sobre Ortega* pone a nuestra disposición.

Rodolfo GUTIÉRREZ SIMÓN

Ángel XOLOCOTZI y Luis TAMAYO, *Los demonios de Heidegger. Eros y Manía en el Maestro de la Selva Negra*, Trotta, Madrid, 2012.

Hacia una *Kritik der erotischen Vernunft*.

Sloterdijk, en la *Crítica de la razón cínica* escribe: “Cuenta la leyenda que Aristóteles, ilustre predecesor de la filosofía occidental, víctima de “los furros” perversos del enamoramiento, fue sometido y cabalgado, desnudo y en cuatro patas, por la hetaira ateniense Herpyllis, desnuda y látigo en mano. Así sólo sea una leyenda, algo de verdad persiste en ella. Muchos siglos después, la xilografía de Hans Baldung Grien, ‘La Belleza hostiga con

su fusta a la sabiduría’, o una de las tantas representaciones de ese motivo realizadas por artistas de la Alta Edad Media y la modernidad temprana, recuerdan ese bochornoso suceso”.¹

Me quedé sorprendido pues la misma historia nos ha heredado la imagen del filósofo austero, entregado al poder meditativo, a la fuerza de creación y este rumor, esta imagen, choca absolutamente con todo lo que somos hoy.

No obstante, me pregunto: ¿cuántas veces se habrá dicho en la historia que la belleza y el eros, hieren despiadadamente a la sabiduría? Sloterdijk aclara ahí mismo: “el sentido concreto de la historia viene a significar que la belleza o el eros hacen vibrar su fuerza sobre la sabiduría, el cuerpo vence a la razón; la pasión hace dócil al espíritu, el deseo sobre la mujer desnuda hace que el intelecto masculino quede rendido; la razón no tiene nada que oponer a la fuerza de convicción que poseen los pechos y caderas”. ¿Qué podemos frente al enamoramiento, cuál es el poder al que somos sometidos? Freud decía que “Nunca nos hallamos menos protegidos contra el dolor que cuando amamos, y nunca somos más desvalidamente desgraciados que cuando hemos perdido el objeto amado o su amor”.

Franco Volpi, escribió en el prólogo de *Los demonios de Heidegger. Eros y Manía en el Maestro de la Selva Negra* que “Heidegger es el último poderoso y sorprendente ejemplo de una larga serie de casos que valdría la pena rastrear bajo el título rigurosamente alemán de *Kritik der erotischen Vernunft*, o sea, *Crítica de la razón erótica*”.³ Hay mucho de la traza verdadera acerca de la propia filosofía en estas frases apretadas porque se eviden-

¹ Debo estas citas al excelente trabajo de Iván Rodrigo García Palacios, “Los filósofos enamorados, Enamoramiento, filósofos, poetas y Zaratustra enamorado”, visto en <http://ivanrodrigogarciapalacios.blogspot.mx/2010/04/enamoramiento-filosofos-poetas-y.html> 18 de febrero de 2013.

² *Ibidem*.

³ Ángel Xolocotzi, Luis Tamayo, *Los demonios de Heidegger, eros y manía en el Maestro de la Selva Negra*, prólogo de Franco Volpi, Ed. Trotta, Madrid, 2012, p. 11.

cian en cuanto nos volvemos a convencer de que eros es el fundamento del quehacer filosófico, o tal vez sería mejor decir que la filosofía es un relato pasional, o una erótica del pensamiento.

Los demonios de Heidegger es un libro por demás entregado a ese ritmo. Y no obstante, advertimos que el *elán vital* que marca el compás del libro no son los amores de Heidegger, sino las transiciones, las perplejidades, las dudas, los asombros, el miedo, las vacilaciones y los vendavales situacionales que cruzaron su vida, envolvieron su quehacer, dieron un sentido y enmarcaron el pensamiento del filósofo de la Selva Negra. Al menos así nos lo hacen ver Ángel Xolocotzi y Luis Tamayo cuando van escalonando cada una de las trazas de la producción del filósofo, como en contrapunto, a cada una de las mujeres que jugaron un papel importante en la vida erótica del profesor de Messkirch. No se trata de la mostración de una moral, tampoco se trata de juzgar ni de evidenciar esas tramas pasiones que unieron a Heidegger con distintas personas sino lo que quiere revelar este libro es a un hombre que fue movido por Eros, que fue sometido bajo el imperio de esas fuerzas que él mismo llamó demoniacas. El pensador de *Die Kehre* es sin duda, para nosotros que vivimos al ritmo de las redes sociales, y de los mass media, la figura más notoria de esta historia pasional, pero no olvidemos que ahí estuvo Platón, el filósofo que nos reveló al eros como el motor de la acción humana; Aristóteles cuya hierática figura está herida y cruzada por aquella vieja leyenda; y más cercano a nosotros: Nietzsche si tan sólo en aquella fotografía en la que acompaña a Paul Ree y nos muestra a Lou Andreas Salomé con un pequeño látigo volviéndonos a recordar aquél cuadro de Hans Baldung Grien...

Diría que Heidegger es sí, el ejemplo de fuerza enamorada, de demonios que danzan alrededor del fuego y que quema, de Eros que mueve ciertas fibras que están fuera de ese espacio en el que la razón se mueve: “Pero mi temperamento es menos unívoco que el tuyo –escribe Heidegger a Elfride en 1954-; y soy incapaz de demostrarte mediante argumentos que debo vivir en Eros –para alcanzar al menos una forma primitiva de lo creativo, que siento como lo último y lo aún no liberado en mí”⁴. Tal vez por ello, Ángel Xolocotzi y Luis Tamayo insisten en señalar que el objetivo fundamental de la investigación que llevaron aquí fue el “Acercarnos a esa fuerza de Eros que interviene de modo determinante en el filosofar de Martin Heidegger”⁵.

Desde luego que ese objetivo queda muchas veces desplazado por la urdimbre en que se tejieron muchos de los momentos dramáticos de la vida del propio Heidegger: la escisión de su vida religiosa, su primer amor, su matrimonio, su primer hijo producto de la infidelidad de su esposa Elfride, su temor por no alcanzar una plaza de docente en la Universidad, su difícil relación con Husserl, su estancia en Malburgo, su enamoramiento de Hannah Arendt y la escritura de *Sein und Zeit* presionado por la abundancia burocrática. Hay más, pero lo importante a destacar es que finalmente estos hechos ya no son producto de la conjetura, o de la deducción o citas de otras investigaciones sino que es un trabajo enormemente documentado. No se trata de hilvanar pequeños hechos aislados sino del análisis y conformación de una documentación que se abre a raíz de la revisión de archivos múltiples, de la apertura de cartas, de la instrumentación de documentos de aquí y de allá rigurosamente para darnos no la intimidad de Heidegger, que sería imposible, sino la contextura humana de quien fue, sin duda, un gran pensador.

⁴ *Ibidem.*, p. 38.

⁵ *Ídem.*

Hay sí, muchas cartas que se citan en este libro, pero paradójicamente ellas apenas rozan esa *manía* que acometía al autor de *Zeit und Sein* y nos lo muestra absolutamente enamorado, apasionado como aquella en que Hans Jonas, amigo y confidente de Hannah, narra la escena del inicio de la relación: “Tuvo lugar la hora de consulta; afuera ya comenzaba a anochecer y en el cuarto se expandía cierta oscuridad pues él no había encendido ninguna luz. Cuando ya había concluido la conversación y Hannah se levanta para despedirse y Heidegger la acompaña hacia la puerta ocurrió algo inesperado. En palabras de Hannah: ‘De repente cayó de rodillas frente a mí. Me incliné, y él, desde su posición arrodillada, estrechó los brazos arriba hacia mí, y tomé su cabeza en mis manos; me besó, lo besé (Jonas, 2003, 114)’”.⁶ Era febrero de 1925. En 1926 Heidegger daba por terminada la relación y *Ser y tiempo* apareció en 1927.

Estas situaciones que nos conducen a un lado de la intimidad de Heidegger nos seducen, porque nos lo muestran desde otra perspectiva, desde otro ángulo, con otra retórica, sin recortes, sin la doble moral con la que nos lo han presentado como el rector del nazismo y, quizá lo más fuerte, nos lo entrega sin el aparato crítico que nos lo aleja en cada una de sus obras. De lo que estoy seguro es que ya no volveremos a leer *Ser y tiempo* como si en la solapa hubiera un nombre que no nos dice nada: Martin Heidegger, autor, constructor de una crítica feroz al mundo contemporáneo, crítico del proyecto de la modernidad, el instaurador de la pregunta que interroga por el sentido del ser, y nos quedará más claro cómo es que cuando hablamos de “disposición afectiva” estamos hablando de lo que sucede a nivel de la epidermis, en el encuentro con el famoso “*entheos*” griego, o el “entusiasmos” heideggeriano.

Todo esto está emparentado con la difícil tarea de sostener la siempre sospechosa objetividad, pues por cientos de años se nos dijo que la biografía no tenía relación alguna con el acto de filosofar, que la objetividad sólo era alcanzable mediante la eliminación de toda nuestra subjetividad y que justo las obras no podían ser producto de la pasión. Durante siglos nos fue dado el convencimiento de que la vida no tenía nada que ver con la obra, de que los modos de la existencia eran independientes de la manera de pensar, pero hoy resulta absurdo pensar esto. La vida late en los textos como el corazón delator de Poe, como esa fuerza volcánica que bulle silenciosamente y lo privado se hace público, como los individual se hace social. Nada queda fuera de esa mirada escrutadora del otro. Supongo que está bien, no lo sé, porque pensar que nuestra intimidad sea acechada después de nuestra muerte parece desesperante. Es cierto que nada importará ya, no lo sé. Los casos son ahora extremos: pareciera que todo está dispuesto a ser exhumado para beneplácito nuestro. Quizá el pretexto es lo que hace válido el argumento: Todo esto agrega mucho a nuestro conocimiento de la obra de Heidegger. Como quiera que sea, tenemos que admitir que si bien hoy se abre el conocimiento de la intimidad y lo privado se hace público, tenemos igual que admitir que en este enorme periplo en el que transcurre la filosofía, la carne, el deseo, los sueños, las pasiones, la historia misma fueron expulsadas del ámbito de la razón, lejos del quehacer más profundo llamado filosofía. Paradójicamente Heidegger que repetía incansablemente que “Aristóteles fue un hombre que nació, trabajó y murió”,⁷ y que él quería ser recordado justo como el filósofo de la Filosofía primera, y que incluso el pensador de la Selva Negra, en su relación con sus alumnos japoneses pudo hacer ver que él era “un pensa-

⁶ *Ibidem.*, p. 93.

⁷ *Ibidem.*, p. 39.

dor sin biografía”,⁸ no pudo evitar que hoy, desde la lejanía que vence al tiempo, veamos su obra abierta a esta eventualidad: la vida propia, la vida latente en medio de la obra, la vida como parte actuante de la obra.

Ángel Xolocotzi señala que fue Heidegger quien abrió las compuertas a entender que la biografía era parte de la obra porque desde *Sein und Zeit*, la “comprensión” es vista como un poder, una capacidad: “Comprender algo remite a un saber que no es teórico, sino a un ‘saber’ que en su realización nos hace capaces de algo. Así, cuando decimos que sabemos nadar, esto no significa que conocemos las técnicas y la historia de la natación o las medidas de la piscina; más bien significa que somos capaces de nadar y que con ello evitamos ahogarnos”,⁹ nos dicen los autores. “Comprender en el *Dasein* es poder ser –añaden–, abrirse su ser como posibilidades y éstas son siempre templadas, afectivas e indican la vulnerabilidad de nuestro ser en el mundo”.¹⁰

Esa “apertura” ya está igual en el *Eros*. Así, cuando leemos la famosa teoría del *Eros* en Platón, cuando pensamos en la *filia* que acompaña a esa palabra majestuosa que llamamos *Filosofía*, los conceptos que parecían hacerse abstractos en ese mismo instante nos hieren. Parece que hemos olvidado que Platón nos habla ya de la “manía amorosa”, de la “locura de amor”, y que la locura habita en ese lado otro de la razón y que, inauditamente, acompaña por siempre a la filosofía. No podemos acceder a La filosofía (así, con mayúsculas) sin atender a ese lado oscuro del corazón que nos habla de la pasión, de la desmesura, de la *manía*.

Olvidamos que quien habita es “Eros”, un *daimon*, y que a los *daimones* son, por anto-

nomasia: “poder”, “*logoi spermatikoi*”. Hay que recordar que poderes fueron: *Átê* (la locura ciega): *Eris* (la discordia), *Deîmos*, *Phóbos* (el espanto) y *Kydoîmós* (el tumulto). A fin de cuentas, *Eros*, siempre tendrá que ver con “lo no dicho en el pensamiento”, porque mora en ese extremo no tocado por la razón.

Eros no es sólo hijo de *Poros* y *Penia*, como decía Platón en el *Banquete*, sino también es *Átê*: la locura ciega, el insensato deseo de poner al otro en claro como imperativo alojado en el corazón del amante. Una disyunción que separa al objeto amado del resto y que nos lleva siempre a repetir incansablemente esos infinitos: “Te amo a ti y no al otro”. Te amo a ti y no a los demás, es decir, la multitud innumerable, potencial o afectiva, porque el amor siempre es un acto de exclusividad que lentamente se va disolviendo porque el acto de amor es ya el de desamor. No queda duda de que el amor no es este destino de los avatares de esa oposición inaugural, que en el momento que le consagro decepciona mi deseo de apropiación.

El viejo Goethe escribió: “¿Y aún te preguntas por qué tu corazón se para, temeroso, en el pecho? ¿Por qué un dolor inexplicable inhibe tus impulsos vitales? En lugar de la naturaleza viva, en medio de la que Dios puso al hombre, lo que te rodea son osamentas de animales y esqueletos humanos humeantes y mohosos” (Johann W. Goethe, Fausto, I, Noche).¹¹

El filósofo (en este caso Heidegger) escribe porque está enamorado, es presa de *Eros*, de esa fuerza ciega que alumbra al *logos*. Parece ser entonces que el “enamoramiento es un imperativo natural, un mecanismo evolutivo

⁸ *Ídem*.

⁹ *Ibidem.*, p. 35.

¹⁰ *Ibidem.*, pp.35-36.

¹¹ Citado por Iván Rodrigo García Palacios, “Los filósofos enamorados, Enamoramiento, filósofos, poetas y Zaratustra enamorado”, visto en <http://ivanrodrigo-garcia-palacios.blogspot.mx/2010/04/enamoramiento-filosofos-poetas-y.html> 18 de febrero de 2013.

para el Homo-Humano, necesario, temporal, repetitivo e incontrolable, mediante el cual el cuerpo y la mente se transforman. Pero también, el enamoramiento, para la imaginación, es un ideal, un anhelo de unidad y perfección, el “*conatus*” spinoziano. Porque el enamoramiento, como fenómeno neurobiológico, es instinto, apetito, emoción, deseo, sentimiento, anhelo, y como evento existencial, biográfico y cultural, se corresponde como un asunto sagrado, erótico, heroico, trágico y al final, cómico (...). En el ámbito de esas concepciones del enamoramiento de la carne y del espíritu, en ese estro amoroso y creativo, es donde se producen las reacciones y manifestaciones que los poetas y los filósofos expresan en sus obras”.¹²

Nos enamoramos, es cierto, y sobreviene la *manía* amorosa, acontece ese lado oscuro que apenas nos susurra el *logos* que adviene. Este libro, *Los demonio de Heidegger*, es, a fin de cuentas, la narración, la puesta en marcha, el obsceno mirar que urge en la obra para desentrañar los misterios de ella, los resortes que empujaron una obra que transformó nuestra manera de ver, de vivir, de entrar y participar en el mundo, y ahí, se develan esos circuitos por los que transcurrió la pasión y el pensar de Heidegger, acaso dos actos que desde siempre estuvieron privados uno del otro, pero que como amantes transcurrieron en secreto.

Cuando leemos este libro, *Los demonio de Heidegger*, estamos ciertos de cómo lentamente se fue creando todo un mundo de conceptos, un apuntalamiento a nuestros conocimientos más preciados, a todas esas ramificaciones que de ellos salieron y se crearon en todos los terrenos y en todas las áreas del conocimiento, y nada nos apura a pensar que a donde apuntamos certeramente, es a que la biografía de Heidegger es parte exacta de esa platafor-

ma conceptual y que vida y obra no pueden ir separadas.

De la misma manera, no podemos ver lo narrado como un elogio a la infidelidad, tampoco como el lado inmoral de un hombre que abrió posibilidades inauditas al pensamiento. Heidegger, luego de esta lectura, se adentra en otro registro: hablamos de demonios, de fuerzas, del *pathos* que guía una obra. Porque ¿qué sucede cuando sobreviene la infidelidad...? Ella amenaza el vínculo amoroso de ser dos y la promesa de llegar a ser uno, éste es el deseo del que el amor deserta cuando uno de los miembros de la pareja se aventura fuera del modelo conyugal. Como si la palabra amorosa “te amo” ya no fuera la última. Como si la pasión, incomprensible para sí misma, ignorara a partir de ahora cuál debía ser su última palabra.

Es cierto, en el amor no existe nunca la última palabra, porque siempre estamos en la primera, estamos creando el vínculo que nos hace ser el uno del otro. La infidelidad aterra porque destruye sin más la promesa, el símbolo de una expectativa, el deseo sometido no al deseo expresado en la propia pareja sino el deseo siempre oculto hacia un otro que no es el término de la pareja; por ello, a la infidelidad se le acusa de ser la denegación de la persona, su anulación, la cosificación de su propia subjetividad y, por si fuera poco, de la pérdida de esa mirada en donde mi propio ser se ha hecho con el otro. La literatura y el arte han sido fuente de conocimiento de otras épocas así como de sus usos y costumbres, es ahí donde podemos leer, como en un laberinto de pasiones las múltiples formas, los diversos rostros que tiene la infidelidad. Como quiera que sea, ella ha ocupado un sinnúmero de páginas como fenómeno que ha acompañado a eso que llamamos matrimonio, pareja, relación.

¹² Iván Rodrigo García Palacios, “Los filósofos enamorados, Enamoramiento, filósofos, poetas y Zaratustra enamorado”, visto en <http://ivanrodrigogarciapalacios.blogspot.mx/2010/04/enamoramiento-filosofos-poetas-y.html> 18 de febrero de 2013.

En nuestra cultura la infidelidad, su sola mención, está cargada de prohibición. Ella es considerada como una ruptura a la lealtad y al compromiso que ambos miembros de la relación se deben el uno al otro; la infidelidad en la pareja es, en esencia, una situación fallidamente oculta, que esconde en el pensamiento del hombre occidental los rasgos ancestrales del tabú. Por eso habría que recordar que fue con san Agustín —al que no en vano llamaron “el Platón cristiano”— el que introdujo de forma audaz y feroz la idea de la “culpa” sobre el deseo, que es una idea que tutela buena parte del pensamiento occidental y fue curiosamente el propio san Agustín el artificio que unió a Heidegger con Hannah Arendt.

Finalmente, podemos preguntarnos: qué es lo que hace que la biografía de un hombre sea motivo de búsqueda, de análisis y de investigación para los otros: ¿su fama?, sin duda, pero el pensar exige, a qué dudar, discreción, recelo, guarda, secrecía, por eso celebro el tratamiento que han hecho los autores de estos pasajes eróticos de Heidegger. La finura del procedimiento de los autores hacia Heidegger, el respeto con el que abren esas cartas simbólicas en donde se desarrollan esos amores que hablaron de los “para siempre”, de los “nunca”, de los infinitos “te quiero”, de lo que verdaderamente nos hablan es más bien de los diferentes tropiezos, de los miedos, de los años difíciles, de las dudas, de un hombre escindido, de sus conflictos y temores, de su relación con el nacionalsocialismo, de su cobardía; nos hablan sí de Elfride, de Hannah, de Elisabeth, de Margot, de Sophie, de Marielene de Dory, pero más que

esto, nos habla de un hombre que pensó en grande pero que fue pequeño ante sí mismo.

Alberto CONSTANTE

DELEUZE, Gilles, *El saber. Curso sobre Foucault*, t. I., Trad. y notas de Pablo Ires y Sebastián Puente. Buenos Aires: Cactus, 2013. 256 pp. (Serie Clases, 11).

La editorial Cactus ha publicado el primer tomo traducido al castellano del curso que Gilles Deleuze dedicó al pensamiento de Foucault y que fue celebrado en la Universidad de Vincennes del 22 de octubre al 17 de diciembre de 1985. El texto: *El saber. Curso sobre Foucault* es el antecedente inmediato para entender de manera pormenorizada la constitución del saber, con base en los enunciados y las visibilidades, que el autor aborda en la primera parte del libro: *Foucault*.¹

El curso se estructura, como se ha hecho con los propios seminarios de Foucault, con la transcripción del audio al texto de cada una de las clases dictadas por Deleuze. El prólogo y las ocho clases del libro están diseñadas por los editores con la finalidad de facilitar el seguimiento de los temas tratados: enunciados, visibilidades, corpus, archivo y saber. Asimismo cada sesión presenta una lectura nítida y minuciosa de las obras de Foucault, a saber: *Raymond Roussel*,² *Siete sentencias sobre el séptimo ángel*,³ *Esto no es una pipa*,⁴ *La pintura de Manet*,⁵ *Historia de la locura*,⁶ *La*

¹ Gilles Deleuze, *Foucault*, Trad. de José Vázquez Pérez. Barcelona: Paidós, 1987. Específicamente el curso analiza en extenso lo que un año más tarde será el capítulo: “Los estratos o formaciones históricas: lo invisible y lo enunciable (saber)”.

² M. Foucault, *Raymond Roussel*. 3ª ed. Trad. de Patricio Canto. México: Siglo XXI, 1999.

³ M. Foucault, *Siete sentencias sobre el séptimo ángel*, Trad. de Isidro Herrera, Madrid: Arena, 2011.

⁴ M. Foucault, *Esto no es una pipa. Ensayo sobre Magritte*, Trad. de Francisco Monge. Barcelona: Anagrama, 1999.

⁵ M. Foucault, *La pintura de Manet*, Trad. de Roser Vilagrassa. Barcelona: Alpha-Decay, 2005.

⁶ M. Foucault, *Historia de la locura en la época clásica I*. 2ª ed. Trad. de Juan José Utrilla. México, Fondo de Cultura Económica, 1976.